

MARGINALES

Otra vez el fantasma de la guerra

Cuando más confiados estábamos todos en que la paz mundial iba a ser un hecho, y teníamos una mirada de simpatía filial por la S. de N.; y pensábamos proponer a Kellog para el Premio Nobel, nos llegan de Paraguay y Bolivia alarmantes noticias en cuanto a las relaciones de ambas republicas.

No han ido ciertamente a la guerra todavía; pero irán; ello es indudable; y aunque no fueran, el momento actual es para llenar de consternación al mundo entero. Bolivia ha adoptado las medidas necesarias, y se halla dispuesta a entrar en combate; tiene preparado hasta el servicio de Cruz Roja para la cura de los heridos. Y al leer esta noticia, que, de manera fría y escueta nos remite el telégrafo, hemos sentido al fantasma de la guerra cruzar por nuestra fantasía y en el corazón la pesadumbre de las cosas fatales, y nos hemos llenado de pesimismo. Ha de ser inútil en esta ocasión el empeño pacificador de la Sociedad de Ginebra, ni la intervención de la Liga Argentina. Únicamente esta última Republica pudiera intervenir decisivamente; pero no olvidemos que no pertenece a la S. de N. y que no ha prestado su acatamiento al reciente Pacto de Kellog. Además el Paraguay y Bolivia desdeñan toda otra intervención que no sea, al parecer, la de las Republicas hermanas, adquiriendo posibilidad efectiva sobre la Sociedad de Ginebra la Unión Panamericana. No son, pues, las perspectivas nada halagueñas, y por si alguna duda quedaba, miremos la actitud del pueblo que aplaude y vitorea en las calles de la Asunción, el paso belicóso de los cadetes y los mítines agitados que en favor de la guerra se realizan estos días.

El problema planteado así, ofrece el máximo interés. Y no puede, su solución, dejar de preocuparnos, ya que en la actual reacción contra la guerra, el caso de Bolivia-Paraguay, ha de decidir el futuro, pues viene a afrecérsenos como una experimentación de todas las posibilidades pacificadoras hasta ahora imaginadas. La guerra entre ambas, pues, ha de hacer patente una realidad en la que nosotros creimos siempre y es la de que podrán lograrse entre pueblos y hombres relaciones de honda amistad, armonías duraderas, inteligencias convenientes a su Comercio y a su Política; pero nunca la paz absoluta, el compromiso definitivo de mantenerse dentro de la mayor concordia, resolviendo en la más franca confraternidad cuantas discrepancias o desavenencias surjan entre ellos. Porque sería ello conseguir algo que va en pugna con la historia de la humanidad. Los pueblos se formaron en guerra, en guerra se afirmaron gerarquias que luego han sido grandes Instituciones que han marcado las rutas del progreso y la vida del mundo; en guerra se dirimieron siempre cuestiones de propiedad y gerarquía entre los pueblos, y así ha de ser mientras la persuasión de lo racial, alien-

te en la personalidad de los pueblos.

Es posible,—y es también de desear—que llegue a lograrse en el actual conflicto iniciado una feliz componenda, una solución pacífica; pero ello no será otra cosa que prolongar el curso de los acontecimientos, aplazar lo que ha de surgir un día cuando las naciones no sepan ya que hacer con tanto pertrecho de Guerra, con tanta entidad naval, con que un día y otro van llenando sus cuarteles y sus puertos, en un gesto capaz de desconcertar al más robusto espíritu pacificador.

La lucha, el combate, la violencia, en fin, es en los pueblos como en los hombres signo de juventud y de incultura (que suelen ir, por naturaleza unidos siempre). Solo la decrepitud o la perfecta civilización han de concebir posible y conveniente lo contrario. Por esto pudiera acontecer que cuantas Sociedades y Uniones se constituyan en defensa de la paz vengan a la larga a ser ellas mismas una continua guerra.

Luis Romera de Neydos

HABLADO...

1

Cantando se hacen cantares.
 Suele el canto consolar...
 Cante quien tenga pesares
 y oído para cantar...

2

¡Cantar, llorar, cantar siempre!
 ¿Por tu culpa?—No hay razón.
 ¡Es un pesar que yo tengo
 dentro de mi corazón!

3

¡Solos!.. ¡Y la vida es largal!
 ¡Solos ya la vida entera!
 ¡Qué soledad más amarga
 si uno de los dos muriera!..

4

¡Tierra humana, mujer:
 la Belleza está en tu ser;
 tú eres nuestra comunión,
 fuente de nuestro placer!..
 ¡Te adoramos!.. ¡Perdición!

5

Siempre en el mismo camino,
 unos vienen y otros van.
 Al burrico de la noria
 comparo la Humanidad...

6

De hojas secas, esta tarde,
 todo el suelo está amarillo...
 ¡Ha llegado Otoño al parque!

7

¡En estas tardes de Otoño,
 qué bien dicen, Flor de Anemia,
 las ojeras a tus ojos!..

8

—Haz un alto en tu sendero...
 Descansa tu corazón...
 —¡Mi corazón!..

—¿Quieres?

—Quiero.

0

Hombre: si piensas y sientes,
 en la copa virgen
 de tu corazón,
 dime: qué día no cae
 una fría gota
 de desilusión?..

Martín Perea Romero.

Anecdótico

EN LA TRAMPA

El pintor inglés Lutyens refiere la siguiente anécdota que atribuye a un colega. Este último, antes de efectuar una exposición pública de sus obras, realizaba una privada para un grupo de amigos, en la cual vendía algunos cuadros que luego exponía con el cartelito: «Adquirido».

Uno de los asiduos concurrentes a las exposiciones públicas era un hombre muy rico y muy amarrete que «pasaba» como protector de artistas y jamás compraba un cuadro porque, ¡casualidad!, los que les gustaban ya habían sido adquiridos.

En la exposición pública de ese pintor, el hombre, según su táctica, admiró con términos de entusiasta elogio los cuadros señalados con el «Adquirido».

—¡Estos son precisamente los que desearía poseer! ¡Lástima que ya hayan sido vendidos!

—Me lo imaginaba, señor—repuso el artista—Por eso les hice poner el cartelito «adquirido.» Se los he reservado para usted.

Del pequeño «gran mundo»

La función benéfica de este año

De las contadísimas expansiones que nuestro carácter retraído permite a la juventud murciana, es quizás la más sugestiva, la más anhelada por todos, esta de las funciones benéficas.

Todos los años, con el pretexto de una función benéfica se reúnen en animadísimos ensayos chicas y chicos y gozan durante ellos de la más atractiva de las diversiones: del *liit*.

Y este año no podía faltar la función benéfica.

Bajo la presidencia de una distinguida señorita murciana, Mercedes Sevilla, y con la acertada dirección musical del notabilísimo Profesor don Manuel Mossoti, se está ensayando por la buena sociedad murciana la bella zarzuela «El duo de la Africana».

Los ensayos están adelantadísimos y la representación se anuncia para fecha muy próxima.

En el coro de señoritas hemos visto lo más guapo y lo más distinguido de las chicas murcianas. En el de los caballeros, los de siempre, los eternos moriposones elegantes.

En otro número nos ocuparemos de este asunto con la extensión que merece.

Hoy nos limitamos a poner en conocimiento de nuestros lectores la proximidad de un gran acontecimiento teatral, y a rendir nuestro afectuoso parabien a los organizadores de esta función benéfica porque con ella proporcionan a nuestra juventud unos momentos de deleite al establecer entre chicos y chicas una franca y amical camaradería.

LORD BAY

Recomendamos los SOMBRES

BELMAR

PLATERIA, 26

NOBLEZAS

Cuando Luis Olmedo cumplió los veintiséis años, sus padres, los marqueses de Albanueva, pensaron en que debía contraer matrimonio.

El joven, que desde mucho antes llevaba una vida liceñosa, aceptó de buen grado el consejo de sus progenitores y se dispuso a buscar novia.

No era empresa difícil. Luis Olmedo era esbelto y varonil, elegante, decididor y simpático. Poseía una fortuna cuantiosa y era hijo único de los marqueses de Albanueva.

Inútil es decir que ni siquiera tenía que buscar novia. Bastábale con dejarse querer por una de las muchas mujeres — damas linajudas, acaudaladas hijas de comerciantes y señoritas de la clase media — que se le ofrecían a cada paso con esa semi-inocente coquetería con que las hembras de todos los tiempos y todas las especies saben hacerse amar sin una expresa y manifiesta declaración de su deseo.

Pero Luisito Olmedo, por un extravagante capricho de su voluntad sin disciplina, no eligió a la más rica, ni a la más hermosa, ni a la de más rancia nobleza, ni a la seductora. Eligió a Rosa Díaz, la que estaba a la sazón más cerca de él. Una doncella de su madre.

Rosa nunca había pensado en el amor de Luis; le repugnaba la conducta escandalosa del joven y compadecía, in mente, a la desgraciada que tuviera que aceptarlo por marido.

Cuando el aristocrático joven le ofreció con toda seriedad su mano y su apellido, Rosa se negó en rotundo a aceptarlos.

El altivo retoño de los marqueses de Albanueva se humilló como un esclavo, rogó como un mendigo, lloró como un niño y maldijo como un loco. Pero la doncella insistió en su negatativa, que en tan apurado trance ponía el orgullo del noble mancebo.

Los ilustres marqueses de Albanueva se irritaron grandemente cuando su hijo les manifestó con grave laconismo que sólo a Rosa Díaz aceptaba por esposa. Y mayor todavía fué la indignación y el asombro de los señores marqueses cuando el propio Luis les hizo saber que la elegida se negaba a aceptar un matrimonio que tanto la honraba.

Era lo inverosímil, por lo inaudito, que una muchacha dedicada a la alta servidumbre de aquel palacio señorial, se permitiera tan grosero desprecio para con el distinguido heredero de los títulos, honores y riquezas del marquesado.

El orgullo de todos logró vencer la modestia de la doncella.

Antes de consentir este ultraje al amor propio del terco Luis, los viejos aristócratas consistieron en que llegara a marquesa consorte aquella pobre mujer de humilde y plebeya estirpe.

Como si fuera un juguete para el niño mal educado que chilla y rabia hasta obtenerlo, los padres de Luis Olmedo le compraron a la humilde señorita de Díaz y se la dieron por esposa.

Rosa no había amado a ningún hombre.

En cuanto fué la esposa de Luis Olmedo, comprendió que debía amarle y le amó con toda su alma, Voluntad firme y serena la suya, esclavizada a los imperativos del deber, dispúose a ser, en cuanto de ella dependiera, eco de la de Luis. Rosa fué la compañera honrada y digna para quien sólo el deber es la ley verdadera.

Rosa Díaz era bella sin ser perfecta: ojos grandes y expresivos, fina y sonrosada la piel, negro el cabello, firme y enhiesto el seno, graciosa toda su figura.

Su espíritu, si, tenía toda la grandeza de los héroes y de los mártires. Su voluntad sobre todo, era rico diamante duro y brillante o serena laguna de transparentes aguas.

Cuando Luis y Rosa se casaron, Luis sólo aspiraba a conseguir un capricho momentáneo: Rosa aspiraba a redimir por el amor un alma que cada vez se hundía más en cieno, y a conquistarla para sí, limpia ya de toda corrupción.

**

Luis maltrataba a Rosa con frecuencia. Pasados los primeros días de matrimonio, comenzó para la desdichada un cruento martirio. A la indiferencia, siguió la burla cruel, y a la burla, la brutal ofensa de los golpes y el abandono.

Como si rápidamente naufragara en un mar de perdición, Luis enfrascóse en todos los vicios y cometió las más atroces infamias.

Rosa no se quejaba nunca. Lloraba en silencio y multiplicaba las atenciones para su verdugo.

—Es mi deber—pensaba.

Esta conducta de la esposa, más excitaba la ira del noble canalla.

—¡Te odio! ¡Te aborrezco!—gritaba él.

—¿Por qué?—preguntaba imperturbable la esposa.

—Porque eres buena; porque me quieres humillar con tu generoso perdón.

Y la aristocrática mano de Luis Olmedo venía a profanar con un airado bofetón la sonrosada carita de la pobre doncella de Albanueva. Ella, ni siquiera, se rebelada...

**

Una noche trajeron a Luis malherido de un balazo en el pecho. Un chulo de burdel le había esperado a la salida de una sucia taberna para matarlo como a un perro.

Rosa lo recibió en sus brazos.

En el delirio de la fiebre y en el dolor de la agonía nombró el infeliz a todas sus amantes. Y expiró sin pronunciar el nombre de la esposa.

Rosa lloraba por el pobre mártir del ocio...

Por la herida del pecho, por la nariz y por la boca del moribundo caían gotas de roja sangre caliente y joven. Por los ojos de Rosa se derramaba el amargo llanto de un pecho dolorido que no supo despertar el amor, ni pudo reconquistar un alma extraviada.

Pero, ni siquiera las lágrimas purísimas y la sangre humeante, pudieron llegar a confundirse en un solo líquido homogéneo...

Enrique SORIANO.